

Los toros y el carácter español

(NOTAS PARA UN ESTUDIO DEL TEMA)

CUALQUIERA que ayuno de preocupaciones quiera fácilmente definir la fiesta de toros, tendrá una palabra a flor de labios: colorido. Para los extranjeros ávidos de lo pintoresco, la aceptación del vocablo y su concepto es, explicable. Mas de aferrarnos a él los españoles, nos delataríamos como miopes de visión. Los toros, son color ¡qué duda cabe! brillos de seda y oro, azul y sol hispanos, ambiente de fuertes y pícaros aromas... Pero éste pertenece al tópico. No insistamos en ello.

Miradas las cosas algo más profundamente nadie se atrevería a negar el lugar importante que la fiesta, impulsada por vientos centenarios y tradicionales, debe ocupar en las páginas de nuestra historia. Se hacía preciso un detenido estudio en este aspecto, y afortunadamente se nos ha dado en nuestros días, con fulgores y consistencia de diamante laboriosamente arrancados a los secretos de la investigación. «Los Toros» de don José María de Cossío, son la *summa* taurina, exhaustiva en los datos, monumento de perfección y galanura literarias.

En el prólogo de la citada obra se indica la conveniencia de abordar el tema desde el punto de vista psicológico. Se ofrece en ella para eso, rico y extenso arsenal. Estamos seguros de que cabría llegar a la interpretación de un sentido taurino de la vida española. Nosotros nos conformamos con ofrecer leves sugerencias sobre los toros y el carácter español, y nos sentiríamos satisfechos, con provocar o estimular al menos, al estudio, que por extenso, merece la materia.

El hecho taurino, se nos ofrece cargado de significación; mas de ordinario la interpretación que se le ha venido dando, ha sido negativa, delatora no de las virtudes y buenas cualidades de la raza, sino de sus vicios y corrupciones.

Pero ningún espectáculo nacional más popular y espontáneo que los toros. Y a ese fondo colorista que todos aceptan se hace preciso bautizarlo con su verdadero nombre, el de belleza plástica y cromática. Un pueblo que busca espontánea y colectivamente la belleza para ahitarse de ella, no puede encontrarse sino en tensión de bondad, y lleno de pasión positiva y fecunda.

Los toros son, cual libro abierto, fértil rincón hispano, de la mejor psicología española.

Como espectáculo digno de tal nombre, comenzaron por ser ejercicio de nobles caballeros diestros en el manejo de la lanza, a caba-

llo. No parece simple coincidencia fortuita, que la lanza del caballero fuera la primer arma toricida, que hiciera entrar a la fiesta por arcadas de rango espectacular. No importa que al descabalgarse de la montura, los toreros, descendiesen también en el escalón social. El espectáculo pudo tornarse más crudo y más o menos sangriento. Después, retornaría de nuevo, más académico y humanitario. Pero hoy como entonces, la fiesta es cual penacho incandescente de lo mejor y más representativo del carácter hispano.

Porque todo en ella tiene este inseparable carácter. El toro es el más gallardo animal de nuestra fauna, y acaso de la del mundo entero. Tranquilo y hasta perezoso, echado entre las retamas de la dehesa, igual al pueblo español en su pacífico sesteo, puesto en ocasión de pelea, se hace de sinuosos rayos ígneos por la velocidad con que se mueve, por la ira que despide y por el sísmico temblor con que destruye y raja.

El torero, viene a ser de ordinario un doncel espigado y lampiño, que hace brillar el oro de su traje con fragilidad de caña relumbrante, impresiona de cara a la altiva amenaza del astado, por su arrogancia fina, persistente, como la de un junco florido entre las rocas, aguantando el combate imponente de las olas. Feble personaje, lo vemos investido de una superpersonalidad, que se adquiere al tomar la cualidad torera, al vestirse, como un semidiós, todo de sol. En el torero que de verdad lo sea, se produce desde este momento, un complejo de altivez, un remontarse ante el peligro, de donde procede, ese pisar firme, quieta la planta en la arena, renunciando, quemando las naves, para alcanzar la superación triunfal de la suerte. Luego, en privado, el torero podrá ser un pobre hombre sin voluntad, con pasos vacilantes en la vida... Mas ante la amalgama de peligro, alegría, seriedad, gloria entrevista, que es psicológicamente el toreo, todo ha cambiado.

Y es que hay una atmósfera que envuelve el ambiente de la fiesta. Y desde los palcos y las gradas al centro del ruedo, se ha vertido, algo así como un fluído impalpable, y los mismos espectadores, no sabemos si contagiados o irradiadores de esta grandeza y gallardía, se sienten por unas horas superiores a sí mismos, desligados de la cotidiana inferioridad, como tocados por una extraña fuerza que les hace expresarse con una elocuencia insólita, moverse con un dinamismo que jamás conocieron, y hasta encontrarse a sí propios, más perfectos y enteros físicamente. El puro, el sombrero ancho, el clavel en el ojal, la bella hembra al brazo, lejos de ser signos deplorables señalados como de matonesca chulería, se debieran aceptar como los últimos asideros de la indómita altivez del español, de su amor a la grandeza muchas veces fallida hacia lo noble, que anida en cada alma, y que duerme esperando como el arpa olvidada la ocasión que la haga sonar.

Otra fundamental nota distintiva del carácter español es su ferrosa pasión de independencia. La historia Patria es en este sentido un poema tan denso y de tan altos vuelos, que no se hace preciso insistir ni un punto más en ello. Pues bien, esta faceta tiene magní-

fica expresión en la fiesta, llamada y no sin gran acierto, Nacional.

Un escritor moderno, gran aficionado a los toros, ha usado para definirlos de una frase feliz. Cuanto concierne al toreo, lo ha encerrado en cuatro palabras, que por exclusión lo expresan todo: «el planeta de los toros». Es decir, un mundo aparte. Pero así como en el planeta que habitamos, vivimos respirando oxígeno, en el planeta de los toros lo que se respira es libertad e independencia.

El toro es el único cautivo, atrapado engañosamente de su estado de libertad, despliega una indómita lucha hasta el momento de su muerte, que le acaece, como si dijéramos, después de quemar el último cartucho por conservar su independencia, y no sin lograr muchas veces el impacto mortal en la otra banda.

El torero lleno de responsabilidad—como convinimos—, es sin embargo el artista más autónomo de cuantos actúan frente a un público. En el ejercicio de su arte no le obligan estatutos ni ordenanzas, ni admite sobre su soberanía, otra jerarquía de clase, que su propia libérrima y subjetiva inspiración. No recordemos para nada el Reglamento de Espectáculos taurinos. Esta es una ley policiaca, que como tal solo atañe al orden externo del espectáculo, pero no a su íntimo desenvolvimiento artístico. En la marcha técnica del festejo no tiene otro valor que el de un índice de distribución del tiempo.

La fiesta toda es una gran alentada colectiva de libertad e independencia. En ella no se da el previo compromiso de pertenencia a un club como en los deportes, ni la supeditación del criterio objetivo al egoísmo de la apuesta interesada. Si hay partidismo, lo hay sin compromiso, y libre y noblemente canta su palinodia en la primera ocasión. No hay otras trabas al juzgar al artista y al arte que el propio parecer, la pasión admirativa, el enojo espontáneo, el éxtasis irremediable. De donde surge el aplauso que lleva dolor a las encendidas manos que se juntan, o la descarga de epítetos y frases descarnadas.

Es un pueblo en pie espoleado por estímulos tan de su carácter y su raza, que como aquel monigote-arcángel (así bautizado por Eugenio D'Ors) de «Los fusilamientos» de Goya, grita descoyuntado, los brazos en alto, su libertad y bravía independencia, contra los extranjerismos serviles, frente a todas las intromisiones, y ante los propósitos de la leyenda negra y las conjuras internacionales.

Otro tópico tan gastado como el del color, entendido por única bondad de la fiesta, es el de que en su naturaleza es algo materialista y bárbaro.

Por el contrario, los toros vienen a ser elocuente dato del idealismo de carácter español, dicen mucho en favor de su intuición artística, y expresan, a su manera, el misterioso temblor religioso que estremece hasta los más ocultos entresijos del alma hispánica.

La fiebre de ideal que consume a los Quijotes de la raza, halla en



ALBUM EXTREMEÑO: Fachada principal del Monasterio de Guadalupe

la fiesta de toros grato refrigerio. Y ésto a pesar de su bronco andamiaje, de su tangible visión sanguinolenta.

El espíritu español, castellano, hecho de sequedades y renunciaciones, precisa una válvula de escape por donde mirar el lado placentero de la vida. La fiesta es como un oasis tentador, afincado en las arideces de nuestro páramo emocional. Pero los españoles, no vamos a los toros solamente a regodearnos en un voluptuoso paladeo sensual de formas y colores. No tenemos tampoco, por qué arrepentirnos de que este objetivo risueño y jovial sea uno de los principales móviles de la afición, lo cual demuestra que nuestro desdén por la vida no es tan radical como algunos pretenden concluir. Mas la multitud, la masa de aficionados que llena las plazas, aspira al ensueño que le proporcione una faena cumbre, al transporte momentáneo que le produzca la belleza y la emoción de una parte de la lidia, a gozar no sólo con los ojos, sino en una palabra, con el espíritu. Por eso en los toros no todos son aplausos o protestas. Existe el paréntesis de silencio, el momento expectante en el que el público espera ver realizado el «non plus ultra», de su ideal ilusión. Cuando apenas se oye en la tarde más que el chasquido de la pezuña del toro contra la arena, al ser doblada la bestia obedeciendo al áureo látigo del pase natural, es el momento triunfal para el espíritu, que confirma la supervivencia de un pueblo de idealistas. Pronto la música puede romper el colectivo éxtasis con sus compases jaraneros; y entonces, ya estará permitido el olé, la exclamación admirativa, que muchas veces saldrá empapada de un tan espiritual sentido como la que aquel fervoroso salmantino lanza al presenciar una faena a Manolete y que el Padre Pereda recoge en su libro: «Gracias, gracias Dios mío; no nos merecemos tanto».

Porque la España que pinta almas con el cretense, en argentados y rojizos tonos, la de los arabescos del cante jondo, que no son sino oraciones quejumbrosas, la que conserva el sentido oriental por entre la maraña de sus múltiples influencias, sabe usar de los elementos concretos para hablar al espíritu. Los toros tienen un «tempo» de rito, con su despliegue litúrgico en el paseillo, sus ornamentos recamados, sus sacrificios, sus éxtasis, su inmolación de víctima, su promesa de felicidad y recompensa. En la literatura del género se ha aludido repetidamente a esta idea, por lo que puede parecer que venimos al fin a caer en el tópico, que resueltamente debemos rechazar. Pero no; estamos arañando superficialmente tan solo una de las venas ideológicas más ricas y profundas de la materia, y nos conformamos ahora solo con indicarlo en este bosquejo de sugerencias mientras seleccionamos nuestras meditaciones para poder ofrecer en su día un estudio que merezca tal nombre. De este viento de presentida religiosidad se destaca un silbo que verdaderamente sobrecoge. El silbo de la muerte. Toda la fiesta gira alrededor de su fatídico augurio. Por eso el peligro es elemento básico de ella. Si queremos suprimirlo es que queremos matar la misma esencia y raíz del espectáculo. No es que agrade la estampa trágica de la cogida, de la muerte en el ruedo. Por el contrario ni un solo espectador piensa en

ella ni menos la desea. Basta con su posibilidad. Un arte en que la vida se echa a los dados del azar, tiene que ser el más sugestivo que se le pueda ofrecer a los españoles. Y no porque éstos—como quiere Ortega—desdénen la misma vida. Por contra, como antes decíamos, la afición a los toros—luz y alegría—es buena prueba de su amor a ella. Al carácter español lo que le pasa es que gusta de vérselas cara a cara con la muerte. Y si consigue vencerla aunque sea a costa de la propia existencia, llegamos a la apoteósica culminación del objetivo.

En los toros se juega bellamente con la muerte, y cuando el torero cae exánime—sobre todo el que alcanzó las cimas de la popularidad, y en España no la hay mayor, que la del torero famoso—la muerte está vencida. La recompensa de una perdurable gloria, de un romance prolongado es su mejor venganza.

No existe duda; hay algo en los toros que enchufa con escalofrío de misterio al hondo sentido religioso del carácter español. ¿Quién no ha experimentado en medio de los esplendores de la fiesta, por un momento esa sensación de goce amargo, esa nostalgia de algo superior, inseparable del placer espiritual, y tan diferente al hastío y hasta desprecio que provocan en nuestra alma el goce y la satisfacción puramente animal?

Convengamos en que la fiesta de toros tiene aún por descubrir repliegues de escondida belleza, que junto a los que esbozamos nos darían la cabal fisonomía del espectáculo.

Cuando la agudeza y buena fe de un insigne jesuita, nos demostró documentalmente que la fiesta taurina en nada se opone a la moral, algunos abrieron la boca con asombro, mientras los más pacatos estuvieron a punto de escandalizarse. Nosotros vamos más allá; la creemos ejemplo de perfecta moral. Otro punto a tratar de extremo interés. Hay muchas cosas y buenas por descubrir y demostrar de barreras adentro.

Bien sabemos y no se nos oculta, que también los vicios españoles y su cortejo tendrán alguna representación en una fiesta tan sin eufemismos y tan de rompe y rasga como la nuestra. Quédesse esta tarea para los Eugenio Noel y sus seguidores. Aquí sí que estuvo a punto de agotarse la cantera. Pero creo no equivocarme al afirmar, que a buen seguro no fueron los cultivadores de la faceta antitaurina; los más fervorosos admiradores, del vibrante y heroico genio de la España inmortal.

ANTONIO ZOIDO DIAZ



Retablillo del Niño Jesús

I

De las habitaciones interiores
llega un hálito fresco de limpieza.
María cose, suspirando, y reza,
y alterna con sus rezos sus labores.
José, que recibió de los pastores
unos encargos, ahora los empieza;
pule unas tablas y las endereza
y pone en la tarea afán y amores.

María piensa, con pudor forzoso,
en ser Madre de Dios. Y sus miradas
eleva, dulces, bellas, candorosas.

José contempla, siempre silencioso,
que las virutas, rubias y rizadas,
entre sus manos se han trocado en rosas.

II

Iban haciendo juntos su camino.
José a María guía con dulzura,
y María, en su frente limpia y pura,
presenta el resplandor de lo divino.

Van a cumplir mandatos de Cirino.
Y estaban escalando ya la altura
de Belén: su arboleda y su blancura.
El sol se filtra en un ocaso fino.

María se acrisola en su belleza.
Se oyen cantos de amor. Se enciende lumbre.
¡Nació en Belén el hijo del Eterno!

El humilde portal cobra grandeza.
La mansa mula aumenta en mansedumbre,
y el tierno ojo de buey se hace más tierno.